

XXI grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS
04310 MÉXICO, D.F.
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP
BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página

ALMAGRO 38
28010 MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva

ALMAGRO 38
28010 MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

anthropos

DIPUTACION 266, BAJOS
08007 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Cataruzza, Alejandro
Historia de la Argentina, 1916-1955.- 2ª ed.- Buenos Aires: Siglo
Veintiuno Editores, 2012.
264 p.: il.; 16x23 cm.- (Biblioteca básica de historia // dirigida por
Luis Alberto Romero)

ISBN 978-987-629-257-3

1. Historia Argentina
CDD 982

© 2009, Siglo Veintiuno Editores S.A.

Edición al cuidado de Yamila Sevilla y Valeria Añón

Diseño de colección: tholón kunst

1ª edición: 2009
2ª edición: 2012

ISBN 978-987-629-257-3

Impreso en Gráfica Chamorro // Dardo Rocha 1860, Ciudadela
en el mes de noviembre de 2012

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

*Para Mabel, que ha encontrado tantos modos
de hacernos saber que contamos con ella.*

2. Los gobiernos radicales

Entre 1916 y 1930 se sucedieron tres gobiernos radicales, el último de ellos interrumpido por un golpe de estado. Durante esos años, uno de los conflictos políticos más relevantes se libró entre los grupos conservadores, alejados del control del estado debido a la aplicación de la Ley Sáenz Peña, y el radicalismo conducido por Hipólito Yrigoyen. La etapa culminó con el golpe militar que, el 6 de septiembre de 1930, derrocó a Yrigoyen e impuso al general Uriburu como presidente.

Yrigoyen llega a la presidencia

El 12 de octubre de 1916, rodeado de un notable fervor popular, Hipólito Yrigoyen asumió la presidencia; comenzaba de este modo un ciclo de casi catorce años durante los cuales las principales disposiciones de las leyes electorales de 1912 rigieron los comicios en la Argentina. También se trató de un período en el cual la Unión Cívica Radical resultó imbatible en el ámbito nacional desde el punto de vista electoral. En 1922, a Yrigoyen lo sucedió otro presidente radical, Marcelo T. de Alvear; seis años más tarde, en 1928, Yrigoyen volvía a la presidencia luego de una gran elección, en la que los niveles de participación fueron altos. La presencia radical en Diputados también crecía en esos años. El período habría de cerrarse el 6 de septiembre de 1930, cuando el general José Félix Uriburu encabezó un golpe de estado con el apoyo de sectores de las fuerzas armadas, de gran parte de la oposición al radicalismo, la prensa e importantes franjas de la opinión pública. Con ese episodio se clausuraba la experiencia democrática más duradera en la Argentina del siglo XX, hasta la que se abriría en 1983.

Las elecciones de abril de 1916, en las que debían elegirse los miembros del Colegio Electoral que a su vez designaría al presidente, fueron ganadas por el radicalismo con el 46 por ciento de los votos emitidos,

aproximadamente. Las distintas formaciones conservadoras provinciales consiguieron el 25 por ciento de los votos. El Partido Demócrata Progresista (PDP) –creado poco tiempo antes sobre la base de la Liga del Sur, fuerte en Santa Fe, como alternativa conservadora liberal– rondaba el 13 por ciento, mientras que el Partido Socialista (PS) lograba casi el 9 por ciento. La victoria de la candidatura de Yrigoyen en el Colegio Electoral estuvo en duda hasta que se confirmó que votarían por él los electores del radicalismo disidente de Santa Fe.



Mesa electoral en 1916

La sanción de las leyes electorales impulsadas por el presidente Sáenz Peña, en 1912, inició el proceso que culminaría con el triunfo de la Unión Cívica Radical en las elecciones de 1916. Se eligieron en esa oportunidad los integrantes del Colegio Electoral que, finalmente, harían presidente a Hipólito Yrigoyen.



Sin embargo, el mundo político argentino estaba más fragmentado de lo que estos cuatro agrupamientos pueden sugerir. El radicalismo, desde antes incluso de la elección de 1916, se encontraba dividido en algunas provincias, y luego de la llegada al gobierno, esas divisiones se multiplicarían notablemente: casi no hubo provincia en la que no se produjeran conflictos internos, algunos muy agudos. Se entiende la importancia de estas pujas porque, en los hechos, las provincias eran los escenarios donde las elecciones tenían lugar. Durante la primera presidencia de Yrigoyen, las disidencias radicales no se articularon en un movimiento de alcance nacional, ni respondieron a razones idénticas o a perfiles ideológicos que pudieran ser reconocidos con claridad; en cambio, se trataba de peleas casi facciosas por el manejo de la administración o por el reconocimiento de los organismos del partido. Algunos intentos de las autoridades partidarias para lograr la reorganización fueron infructuosos y, en las elecciones de 1922, dos agrupaciones radicales presentaron candidaturas diferenciadas a presidente: la UCR, cuyo candidato fue Alvear, y la UCR Principista, que promovió la candidatura del dirigente entrerriano Miguel Laurencena. El principismo criticaba el estilo que Yrigoyen imprimía a la dirección del radicalismo oficial.

Los grupos conservadores habían fracasado, como se indicó, en la creación de una fuerza unificada de escala nacional que pudiera enfrentar a la UCR en 1916, y en los años siguientes esa unidad tampoco fue alcanzada, aunque se celebraron acuerdos electorales y se emprendieron acciones parlamentarias coordinadas. El PDP, a pesar de tener expresiones en algunos otros distritos, era un partido cuya base electoral estaba bien localizada en el sur santafecino.

Por su parte, el PS tenía arraigo en la Capital Federal, donde logró competir con el radicalismo con cierto éxito; en el resto del país, aunque el socialismo tenía locales, en ocasiones prensa, militantes y candidatos, su poderío era escaso, con alguna excepción. Poco tiempo luego del comienzo de la presidencia de Yrigoyen, la Revolución de Octubre llevó a los bolcheviques al poder y abrió la experiencia de la Rusia soviética. La revolución, así como la guerra civil y la intervención extranjera que se sucedieron luego de octubre, conmovieron a todo el mundo político; en la Argentina, el PS –por cierto, el más importante de América Latina– terminó dividiéndose como en otros países. En principio, los disidentes (grupos más afines a la revolución bolchevique) constituyeron el Partido Socialista Internacionalista en 1918, uno de los núcleos del Partido Comunista que se fundó dos años más tarde. Ya a fines de la década de 1920, el socialismo sufrió

una nueva escisión cuando varios dirigentes crearon el Partido Socialista Independiente, que tuvo una vida relativamente efímera y estableció alianzas con sectores conservadores, hasta llegar a ubicar a algunos de sus hombres en importantes posiciones de gobierno en la década de 1930.



El socialismo frente a la UCR

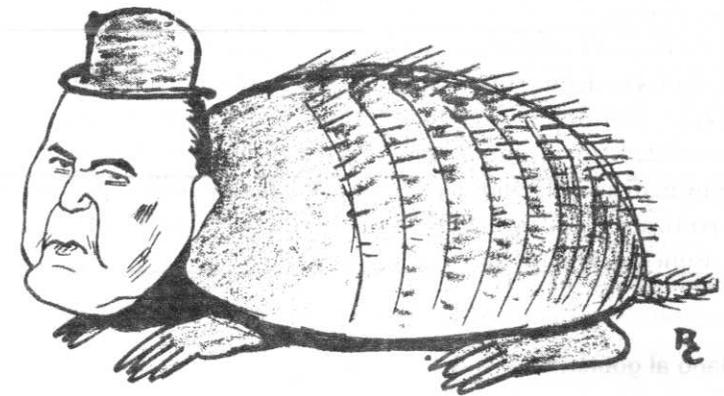
La Vanguardia, el diario del PS, publicó el 12 de octubre de 1916, fecha de la asunción de Hipólito Yrigoyen, el siguiente análisis del hecho, que revela las dificultades que tenía el socialismo a la hora de caracterizar a la UCR, con la que además tuvo una fuerte competencia electoral en la Capital:

"Es indiscutible que el nuevo presidente representa la voluntad popular, libremente manifestada, y que, por lo tanto, tiene un significado democrático [...]. El pueblo trabajador sabe únicamente que en este día sube al poder un partido popular, pero de origen y carácter burgués, un partido apoyado por grandes terratenientes y capitalistas, que ha contado desde su primera hora con el concurso de los militares de profesión y cuenta hoy con la simpatía, el aplauso y la adulación interesada de los elementos clericales. Sabe sólo que comienza un gobierno de clase, como todos los anteriores, para el cual primarán siempre los intereses capitalistas sobre los derechos del proletariado. [...] Para concluir con el régimen actual, o atenuar sus males y reducir sus privilegios, no bastará con poner la primera magistratura en manos de un ciudadano, sino que será preciso formar esa conciencia colectiva que permite a los pueblos emanciparse a sí mismos –sin jefes, ni caudillos, ni presidentes– por obra de la instrucción general y de la educación cívica".

La disputa central: la importancia de las imágenes

Más allá de las dinámicas propias de las provincias y de las disidencias internas que se producían en las agrupaciones, durante estos años la disputa política argentina tuvo su núcleo en el conflicto entre el radicalismo y quienes habían sido los beneficiarios del antiguo orden. En esas luchas, desempeñaron un papel de importancia las imágenes que de sí mismos y del adversario construyeron los contendientes.

Desde fines del siglo XIX, en particular luego del suicidio de Leandro N. Alem ocurrido en 1896, Yrigoyen había ganado un prestigio inigualado por ningún otro dirigente radical. Todavía hoy sigue llamando la atención su tipo peculiar de conducción. Sin pronunciar grandes discursos, más proclive a la charla individual e íntima, crítico en sus escritos, construyendo de sí mismo una imagen sobria y austera, alejado de cualquier ostentación, Yrigoyen fue objeto de devoción por parte de amplios grupos populares. Al mismo tiempo, para él y también para muchos otros dirigentes y activistas radicales, la UCR era algo más que un partido político. Según esta perspectiva, los partidos eran agrupaciones efímeras, que sólo perseguían intereses sectoriales, parciales y, por eso mismo, mezquinos. En cambio, el radicalismo era concebido como la expresión de la mismísima nación, de toda ella; los límites que los radicales atribuían a tal entidad tendían a aproximarla imaginariamente a otra, cuya evocación tenía también enorme fuerza: el pueblo. Su programa de gobierno, sostenían, era la propia Constitución Nacional. Marcelo T. de Alvear, un dirigente moderado, proclive a configurar la disputa política en términos menos absolutos, señalaría años más tarde, revelando lo extendido de estos supuestos que identificaban al radicalismo con la nación, que "ser radical es ser dos veces argentino". La certeza de constituir la "causa" de la nación frente al "régimen" –ambas concebidas como entidades incompatibles, excluyentes– era una pieza central de la identidad radical, que se ponía en juego más allá de la coyuntura electoral.



Caricatura de Hipólito Yrigoyen, como "El peludo", por Ramón Columba.

Por su parte, quienes habían manejado los asuntos públicos en la etapa previa tendían a pensar que, por razones de experiencia, posición social

y educación, eran quienes debían continuar en esa función. En torno a estas cuestiones, conviene tener en cuenta que el proceso de transformación social evocado en el capítulo anterior —algunos de cuyos rasgos fueron la urbanización, la aparición de nuevas formas del conflicto social, la presencia de grandes masas inmigrantes— fue visto por muchos miembros de las elites como un fenómeno peligroso, que contribuía a la alteración de un orden que apreciaban. Se sumaba al cuadro la imprevista derrota electoral de 1916, que ponía en manos nuevas la dirección de parte de la administración nacional y algunas provinciales.

Sin embargo, no debe suponerse que la llegada del radicalismo al gobierno significó un cambio violentísimo en este plano, ya que la dirigencia radical, al menos parcialmente, tenía procedencias sociales muy semejantes a las de los miembros del régimen. Pero también integraron las filas de la UCR hombres que exhibían otros orígenes, quienes accedieron luego de 1916 a los elencos de gobierno y parlamentarios: algunos altos funcionarios y diputados fueron hijos de inmigrantes, lo que significaba la ruptura de una pauta previa bastante firme. Entre sus adversarios conservadores, paulatinamente se extendió la imagen de los gobiernos radicales como gobiernos de “los incapaces”, miembros de un partido que se imponía, sin más virtudes ni méritos, por la supremacía del voto y el poder del número. Otra nota que la oposición en general, no sólo la conservadora, destacó por la negativa fue la ruptura del protocolo en las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo por parte de Yrigoyen, que durante su presidencia no concurría a las sesiones de apertura ni enviaba a sus ministros a responder las interpelaciones, y en ocasiones trababa o desconocía disposiciones del Congreso.

Así, en las imágenes que conservadores y radicales construyeron del adversario, fueron puestos en primer plano rasgos que, si bien existían en la realidad, aparecían exagerados y cargados de una dimensión social muy marcada: “Hemos pasado del escaquin de baile a la alpargata”, se horrorizaba el senador conservador Benigno Ocampo, el mismo día de la asunción de Hipólito Yrigoyen.

Del llano al gobierno

El radicalismo enfrentaba ahora el tránsito de partido de oposición, que no dudaba en apelar ocasionalmente a la protesta armada, sin más que ofrecer que un lugar en el combate por la causa, a partido de gobierno. Esa transformación venía impulsada por distintas circunstancias: por un

lado, debía someterse regularmente a elecciones; por otro, debía asumir responsabilidades de gestión. El cuanto al primer punto, el desempeño radical fue destacable, y la UCR amplió sustantivamente el número de sus representantes en la Cámara de Diputados. En 1917, había allí 45 representantes radicales sobre un total de 114; en 1922, al asumir Marcelo T. de Alvear la presidencia, los diputados radicales eran 101 sobre 150, aunque a poco de andar el bloque se partiría, augurando la división partidaria que tuvo lugar en 1924. En parte religión cívica forjada en los años heroicos del siglo XIX y en parte máquina electoral afinada que en varias zonas se entramaba con el estado; un cierto tono popular en su composición social, difícil de definir estrictamente y con precisión, pero también difícil de desmentir; una dimensión nacional que convivía con fuertes tensiones entre los diversos grupos provinciales que la integraban, de los cuales, sin embargo, ninguno resignaba la identidad radical: la UCR exhibió todos estos rasgos al mismo tiempo.

A pesar de que, con el paso de los años, la potencia electoral del radicalismo quedó en evidencia, el comienzo en 1916 fue complicado. La posición del gobierno nacional no era cómoda, dado que tanto el Congreso como muchos de los gobiernos provinciales estaban en manos opositoras. Yrigoyen buscó desactivar estas bases de la oposición. En el caso de las provincias, apeló a las intervenciones, que se sucedieron a lo largo de su presidencia y en varias oportunidades se establecieron por decreto, con el argumento de que sus gobiernos habían llegado a esa posición por efecto de la manipulación de las elecciones y que la auténtica autonomía era para los pueblos. Algunas provincias fueron intervenidas en más de una oportunidad. En cuanto al Congreso, las sucesivas elecciones consolidaron a la bancada radical, aunque la Cámara de Senadores continuó siendo un bastión opositor.

En cuanto al desempeño en el gobierno, hacia 1916 los radicales apenas disponían de dirigentes entrenados en el manejo de la administración o con práctica parlamentaria reciente a nivel nacional. Entre los varios frentes que debió asumir el gobierno radical se destaca el de la política exterior, ya que la Primera Guerra Mundial continuaba su curso. Yrigoyen decidió mantener la neutralidad que había adoptado el gobierno argentino ante el conflicto, mientras que la mayor parte de la oposición y de la gran prensa se había tornado favorable al bando de Francia, Inglaterra, Italia, la Rusia zarista y, luego de abril de 1917, de los Estados Unidos. El gobierno norteamericano presionó para que el argentino cambiara de posición y rompiera relaciones con sus enemigos. Y si bien algunos episodios puntuales —como el hundi-

miento de los buques argentinos Monte Protegido y Toro, en la primera mitad de 1917— tornaron la cuestión más acuciante, el presidente mantuvo su actitud.

La guerra había impactado también en la economía local. Al comienzo del conflicto, se produjo una baja general en el comercio internacional, y tanto las exportaciones como las importaciones disminuyeron. Luego, la exportación de productos agropecuarios repuntó, mientras las importaciones continuaban deprimidas. Así, la balanza comercial resultó favorable, aunque la baja de las importaciones resintió el desempeño de la administración, que en buena medida se sostenía con los impuestos aduaneros a los productos que ingresaban al país. El cuadro se completaba con una baja importante en los salarios reales. Finalizada la guerra en 1918, se produjo cierta recuperación parcial de la actividad económica internacional, que se frenaría hacia 1920-1921. Incluso en esa etapa, la inflación complicó la situación, y en los comités radicales llegó a venderse “carne radical” y “pan radical”, más baratos que los corrientes. A su vez, Yrigoyen intentó solucionar el problema del financiamiento de las actividades estatales, que dependía casi exclusivamente de los impuestos al comercio exterior. Con ese objetivo, presentó al Parlamento un proyecto de impuesto a los ingresos personales, que sin embargo no fue tratado.

En este marco, y en lo que se refiere a su posición ante la cuestión social, Yrigoyen comenzó su gestión intentando ubicar al gobierno como árbitro frente a los conflictos obreros. Ésa fue la actitud asumida, por ejemplo, a fines de 1916 ante una huelga lanzada por dos sindicatos que, en una economía dedicada a la agroexportación, tenían un papel importante: los que agrupaban a los trabajadores portuarios, por una parte, y a los ferroviarios, por otra. Esa gravitación otorgaba a las organizaciones la posibilidad de instalarse en posiciones de cierta fuerza a la hora del conflicto. El presidente recibió a las delegaciones sindicales, atendió varios de sus reclamos y se negó a reprimir, respuesta que le demandaban las asociaciones patronales. La política de Yrigoyen fue criticada también por la oposición conservadora, que la denunciaba por su debilidad ante el desorden social, cuando no por darle impulso. La agitación que siguió a la Revolución de Octubre, tanto entre las esperanzadas fuerzas de izquierda como entre quienes imaginaban que habría de acarrear calamidades sociales inminentes, angostó el espacio para el desarrollo de esa política presidencial, que tendría su final en los episodios de la Semana Trágica. En enero de 1919, una huelga de los trabajadores metalúrgicos de los talleres Vasena, en la ciudad de Buenos

Aires, culminó en una huelga más amplia; las fuerzas policiales fueron desbordadas y sólo días después el ejército logró controlar la situación. Ya en 1921, se produjeron otros conflictos importantes, como el de La Forestal y el de la Patagonia, que fueron reprimidos duramente, como examinaremos en el capítulo 4.

Luego de la Revolución Soviética, surgieron en la Argentina agrupaciones peculiares. La Liga Patriótica Argentina, fundada en 1919, cuando tuvo lugar la Semana Trágica, es un buen ejemplo. Algunas estuvieron vinculadas a las asociaciones patronales; otras se nutrieron de jóvenes de la elite y destacados dirigentes conservadores, pero también de radicales y demócrata progresistas, al punto que el diario oficialista *La Época* solía publicar sueltos con el anuncio de las reuniones de la Liga, conducida por Manuel Carlés, también radical. Todas se manifestaban hostiles hacia el activismo obrero y de izquierda, con algunos tonos xenófobos y apelaciones exaltadas a la movilización patriótica contra lo que concebían como el caos social. Si bien no constituyeron partidos políticos en regla, intervinieron en los asuntos públicos organizando conferencias, congresos y campañas, y también actuando como grupos de choque que, en los hechos, desafiaban el ejercicio del monopolio estatal de la violencia. En la mayor parte de los casos, el gobierno de Yrigoyen toleró ese desafío con escasa reacción. En el caso de la Liga, la convocatoria se extendió a las mujeres, quienes a través del desarrollo de tareas caritativas, afianzaron relaciones con sectores católicos que se dedicaban a ello hacía tiempo. Eran éstas las expresiones de un nuevo tipo de agrupación de derecha, dispuesta entonces a desarrollar alguna forma de activismo social y a la disputa callejera para enfrentar a quienes consideraba sus enemigos.

La candidatura de Marcelo T. de Alvear

Marcelo T. de Alvear era miembro de una de las familias más connotadas y ricas de la Argentina, cuyo linaje se remontaba al siglo XVIII. Era también un radical de los primeros tiempos, ya que siendo muy joven había participado en la Revolución del Parque y luego en el levantamiento de 1893, cuando ocupó posiciones de responsabilidad. En 1912, el radicalismo decidió volver a presentarse a elecciones tras la reforma electoral y Alvear se contó entre los ocho diputados del partido que se incorporaron al Congreso. Por entonces, la relación de Alvear con la política era irregular: largas estancias en París, donde tenía una resi-

dencia, se combinaban con la actividad partidaria. Al llegar Yrigoyen a la presidencia, le ofreció el cargo de ministro de Guerra a Alvear, quien declinó la propuesta; finalmente fue nombrado ministro plenipotenciario en París, precisamente. Durante la guerra y también en ocasión de las negociaciones posteriores a la paz, Alvear manifestó diferencias con las posiciones de Yrigoyen, pero terminó por aceptar la línea fijada por el presidente. Más allá de la política, los lazos de afecto entre Yrigoyen y Alvear eran antiguos.



Presidentes radicales

El presidente Yrigoyen recibe a Marcelo T. de Alvear, ya presidente electo, que llegaba desde París, en septiembre de 1922. Ambos dirigentes tenían una antigua relación iniciada en tiempos de la Revolución del Parque, en 1890, que no impidió las disputas internas en el radicalismo durante la presidencia de Alvear. Finalmente, el partido se quebraría en 1924.



Archivo General de la Nación. ▀

Hacia 1921, comenzaron las negociaciones para definir la próxima candidatura radical a la presidencia: aunque varios nombres circularon, el parecer de Yrigoyen definió la cuestión a favor de Alvear, quien fue convertido en el candidato oficial en la Convención Nacional de la UCR

que sesionó en marzo de 1922. Vista a la luz de disidencias, conflictos y distanciamientos posteriores entre ambos, aquella decisión de Yrigoyen puede llamar la atención. Sin embargo, es necesario considerar que, hacia 1922, Alvear era un importante dirigente, con experiencia parlamentaria y diplomática, de lealtad probada incluso a pesar de las diferencias de criterio, con extensa pertenencia partidaria y relación personal con el líder.

Durante la campaña electoral de 1922 no faltaron los episodios de violencia, en especial en algunas provincias. En las elecciones, celebradas en abril mientras el candidato se hallaba todavía en París, la UCR que sostenía su candidatura se enfrentó a la Concentración Nacional —constituida por los grupos conservadores—, al PDP, al PS y a la UCR Princi-pista. Las listas de electores radicales lograron imponerse en 12 distritos sobre un total de 15 (en 1916 lo habían hecho solamente en 6).

¿Un nuevo eje del conflicto político?

En los nombres de los ministros designados por Alvear se leyó un primer gesto de autonomía respecto de Yrigoyen, ya que sólo uno de ellos sostenía contactos estrechos con el ex presidente. Ese conflicto se intensificaría y se convertiría en una de las cuestiones políticas relevantes durante aquellos años. En esta ocasión, los radicales que, sin renegar de su condición de tales, se distanciaron de Yrigoyen lograron articular una alternativa nacional, y luego de que el bloque parlamentario se separara en los hechos desde 1923, en 1924 los disconformes organizaron un partido diferenciado, la Unión Cívica Radical Antipersonalista. Algunos de sus jefes fueron Vicente Gallo, Leopoldo Melo, los Lencinas de Mendoza, Eduardo Laurencena de Entre Ríos. Muchos tenían largas y destacadas trayectorias radicales, que incluían desde la participación en revoluciones hasta el ejercicio de responsabilidades parlamentarias y ejecutivas: Gallo era, por ejemplo, ministro del Interior de Alvear. El rasgo en común era la crítica a Yrigoyen, que también tenía diversos orígenes, acompañada de la pretensión de constituir el auténtico radicalismo, cuya tarea era retomar la línea expresada en los documentos iniciales del siglo XIX, donde se denunciaba la actitud política personalista. Más allá de esas posiciones mínimas, era difícil hallar homogeneidad.

Por su parte, los yrigoyenistas continuaban reteniendo la estratégica provincia de Buenos Aires y hacían pie firme en la Capital Federal y otros distritos. En esta corriente comenzó a plantearse una lectura de la

gestión de Yrigoyen que tendría larga vida en la UCR. Interpretando el antipersonalismo como una escisión conservadora impulsada por quienes no eran *verdaderamente* radicales, los partidarios de Yrigoyen hicieron de su figura la encarnación de una política popular, atenta a los más humildes, antiimperialista, y de defensa de la soberanía nacional. Dado que las relaciones entre el presidente y el caudillo eran inestables, en ocasiones la crítica yrigoyenista se detenía ante la figura de Alvear; sin embargo, en el acto de transmisión del mando en 1928, la acusación de traición alcanzó al presidente saliente.



Fragmentos del mensaje del presidente Alvear al abrir las sesiones ordinarias del Congreso en 1928:

Los principios políticos que atraieron mis simpatías y tuvieron a su servicio toda mi vida ciudadana mantienen su preeminencia en todo el país, puesto que esos principios han sido invocados por los dos grandes núcleos de opinión que han intervenido en la reciente campaña electoral. Sé muy bien que la relativa imprecisión con que esas ideas se anuncian o se relacionan con las formas positivas de su interpretación ha dado ocasión a que se discuta sobre quiénes las entienden bien o las aplican de mejor modo en beneficio del país. Sé también que en la exaltación apasionada de esa controversia, los unos niegan a los otros hasta la sinceridad de sus respectivas aseveraciones. Todo ello significa, a mi juicio, solamente un afán saludable de esclarecimientos sucesivos [...]. Pero la observación desapasionada impone a la sinceridad el reconocer que las costumbres políticas han [...] asegurado el predominio veraz y definitivo de los valores representativos de la democracia.

Presidencia Alvear 1922-1928. Compilación de mensajes, leyes, decretos y reglamentos, tomo I, Buenos Aires, Pesce, 1928. ■

El Congreso fue uno de los lugares en que se libró este conflicto entre personalistas y antipersonalistas. Gran parte de las bancas radicales en Diputados estaban en manos yrigoyenistas, y la obstrucción, llevada adelante incluso a través de la ausencia en el recinto, fue una práctica corriente, de la que Alvear se quejó sistemáticamente en sus mensajes al cuerpo. A través de decretos, el presidente llegó a clausurar en tres oportunidades las sesiones extraordinarias, en razón de la parálisis parlamentaria. Por su parte, el antipersonalismo no desdeñó el acuerdo

con sectores conservadores. Pero una de las piezas clave para dirimir el enfrentamiento era el control de la provincia de Buenos Aires, que –se suponía– habría de permitir al antipersonalismo desmontar la máquina electoral yrigoyenista. Aun presionado por algunos de sus ministros –Gallo en particular–, Alvear no tomó la decisión de intervenir la provincia –aunque a lo largo de su mandato las intervenciones fueron diez–, y en 1928 la UCR, que nuevamente impulsaba la candidatura de Yrigoyen, triunfó de manera contundente sobre sus competidores antipersonalistas, aliados a los conservadores.

Las líneas de acción del gobierno de Alvear

En un plano que comenzaba a ser relativamente sensible, como el del petróleo, debe destacarse la gestión del general Enrique Mosconi al frente de YPF. En junio de 1922, ya a fines de su presidencia, Yrigoyen había creado una Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, en el área del Ministerio de Agricultura, y Mosconi fue puesto al frente del organismo por Alvear, a comienzos de su gestión. También se creó la Fábrica Nacional de Aviones de Córdoba, en 1927. En ambos casos, una nueva preocupación militar por cuestiones industriales asociadas a la defensa nacional determinó esas decisiones; en el futuro, esa política habría de extenderse. Recuperando la iniciativa impositiva de Yrigoyen, Alvear volvió a proponer al Congreso la creación de un impuesto a los bienes personales, que tampoco recibió tratamiento.

Por otra parte, el Ejecutivo impulsó la sanción de varias leyes laborales; algunas reglamentaron el trabajo de mujeres y menores en los territorios nacionales y en la ciudad de Buenos Aires, mientras que en 1926 se estableció el descanso dominical en este último ámbito. En el mismo plano, se destaca el laudo de Alvear en un fuerte conflicto desatado entre cañeros y obreros de los ingenios tucumanos, por una parte, y las empresas, por otra. La intervención de Alvear devino en la creación de una entidad provincial encargada de tratar tales conflictos en el futuro. En 1924, el Poder Ejecutivo envió al Congreso un proyecto de ley que establecía el feriado para el 1º de Mayo, asociando la efemérides proletaria con la fecha de la sanción de la Constitución de 1853. Aunque el proyecto no fue tratado, el feriado se estableció por decreto. Entre la legislación referida a las cuestiones sociales y laborales, también debe contarse el proyecto de extender el sistema de jubilaciones, impulsado por el Ejecutivo en 1924. Ni las pa-

tronales ni las centrales obreras aceptaron el proyecto –en el último caso porque suponía la disminución del salario de bolsillo–, que terminó fracasando.

La conflictividad social tendió a descender en los años de Alvear, si se la compara con la del período 1917-1921, que había resultado singularmente alta. Ello se evidencia en la disminución del número de huelgas y huelguistas involucrados, y en cierto estancamiento del reclutamiento sindical. Sin duda, la recomposición económica producida luego de la crisis de la inmediata posguerra, soportada por la administración de Yrigoyen, fue un factor determinante, en particular por la recuperación de los salarios reales. En ese cuadro, sobre todo desde 1923-1924, la exportación agropecuaria volvió a funcionar con cierta eficacia, hasta que una nueva crisis, esta vez más profunda, reveló sus límites a partir de 1929.

La vuelta de Yrigoyen

A pesar del desafío que significó la escisión antipersonalista, la UCR que permanecía fiel a Yrigoyen logró triunfar en las elecciones de renovación parlamentaria de 1924 y 1926. De todas maneras, es probable que la disidencia radical alentara las esperanzas conservadoras de obtener la derrota del yrigoyenismo en las elecciones presidenciales previstas para 1928. En los comicios celebrados en abril de este último año, la UCR obtuvo 839 000 votos y 249 electores, y la UCR Antipersonalista, con el apoyo conservador, 439 000 votos y 127 electores. Luego se ubicaron las listas del PS y del PDP. La campaña fue particularmente intensa: en las elecciones hubo una gran participación, la mayor hasta ese momento, y el triunfo de Yrigoyen fue contundente en todos los distritos en los que se presentaron listas de electores que apoyarían su candidatura.

El radicalismo yrigoyenista vio en estos resultados la confirmación de muchos de sus presupuestos, en particular el que indicaba que Yrigoyen era el líder de las mayorías populares. En sus términos, éste era un plebiscito que avalaba las políticas pasadas del caudillo y también las futuras. La lectura de la elección como plebiscito era absolutamente consistente con aquella otra imagen que el radicalismo leal a Yrigoyen venía labrando de sí mismo y del conflicto político argentino: los auténticos radicales –expresión de la nación y del pueblo– frente al régimen –oligárquico y conservador–, sin espacio para otros actores, articulando toda la disputa en un combate esencial.

Si bien los conservadores y el antipersonalismo habían podido sospechar el triunfo de Yrigoyen, el dato significativo era su magnitud; ella hacía evidente la dificultad de conseguir una derrota del yrigoyenismo por la vía electoral. Muchos de sus dirigentes veían en la falta de cultura cívica popular la causa del triunfo radical. En algunas reflexiones se ponía incluso en duda lo atinado de la reforma electoral de 1912, y pronto se enlazaron con ellas las consideraciones que evaluaban otras vías para recuperar el gobierno. Así, luego de las elecciones y antes del traspaso del mando, circularon rumores acerca de un golpe de estado, que conduciría al general Agustín P. Justo, quien, sin embargo, lo desmintió públicamente.

Entre los opositores a Yrigoyen también se contaron algunas agrupaciones que comenzaban a llamarse nacionalistas, muchos de cuyos integrantes tendrían una actuación destacada en la década siguiente. Si bien exhibían cercanías con las franjas conservadoras más radicalizadas, sus relaciones con ellas no fueron siempre apacibles. Tenían, además, algunas coincidencias con intelectuales católicos, aunque no era ésta todavía la nota dominante en su pensamiento, y con aquellas organizaciones de derecha surgidas en tiempos de la Semana Trágica. Incluso exhibían algún perfil generacional relativamente homogéneo: muchos eran jóvenes nacidos con el siglo, que no habían desdeñado la actividad literaria en los ámbitos cercanos a las vanguardias, aparecidas en Buenos Aires en los tempranos años veinte. *La Nueva República*, publicación fundada en 1927, fue uno de sus emprendimientos más característicos, y los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, junto a Ernesto Palacio, nombres conocidos de sus elencos. Ellos buscarían ofrecer el soporte intelectual y suministrar cuadros de gobierno al uriburismo luego del golpe de 1930.

El camino hacia el golpe de estado

Hipólito Yrigoyen comenzaba su segundo mandato amparado en el notable éxito electoral. Sin embargo, pronto los primeros indicios de la crisis que finalmente habría de llevar a la caída de Wall Street en octubre de 1929 se hicieron sentir en la Argentina. Los fondos fiscales menguaron, el gasto del estado disminuyó y afectó una de las piezas centrales de la maquinaria oficial: se produjo una baja de sueldos y comenzó un proceso inflacionario. Ese año de 1929, el conflicto político se intensificó, ya que el oficialismo volvió a recurrir a las intervenciones para

terminar de reducir a los opositores. Pronto se llegó a la violencia, que en diciembre se cobró la vida de Carlos Washington Lencinas, dirigente mendocino que había sido gobernador de la provincia entre 1922 y 1924, cuando fue intervenida. Lencinas había sido parte del antipersonalismo y al momento de su muerte era senador nacional electo, aunque el Congreso había rechazado su diploma. Poco después, el propio Yrigoyen era víctima de un atentado, fallido, a cargo de un anarquista que, al parecer, actuaba en soledad. Tampoco faltaron los enfrentamientos callejeros entre los grupos de choque del nacionalismo, como la Liga Republicana, a la que más adelante se sumaría la Legión de Mayo, y los partidarios radicales. En la opinión pública el clima estaba cambiando, y a medida que avanzaba el año 1930, se multiplicaron las movilizaciones contra el gobierno.

La violencia se volvió más intensa en ocasión de la campaña previa a las elecciones de diputados nacionales para renovar parcialmente el cuerpo, que tuvieron lugar ese mismo año. Al momento de los comicios, se produjeron algunas denuncias de fraude y de presión de los interventores y la policía. Esta vez, los candidatos radicales a diputados, en conjunto, pasaron del 57,4 por ciento obtenido en 1928 al 41,7 por ciento; en la Capital, el radicalismo ocupó el tercer lugar, luego del Partido Socialista Independiente y del PS. De todas maneras, en las cuentas globales continuaba siendo la primera fuerza.

La oposición incluía ya públicamente no sólo a los partidos sino también a órganos de prensa, como el muy difundido diario *Crítica*, y, en poco tiempo, a agrupaciones estudiantiles. En esos ámbitos, lo que podía verse como un éxito electoral propio aún parcial —o, al menos, como el retroceso del radicalismo— no desactivó las simpatías de muchos por los planes de un golpe de estado a cargo del ejército, un elemento en los cálculos políticos cuya importancia se revelaría duradera en la Argentina del siglo XX. Desde fines del siglo XIX, se había avanzado en la constitución de fuerzas armadas más modernas, con instituciones que se afianzaban, criterios más o menos estandarizados que regulaban ascensos y jerarquías internas, y una estructura burocrática en crecimiento, ya que, desde la sanción de la Ley de Servicio Militar Obligatorio, a fines de 1901, era recibido anualmente un importante número de reclutas que debía ser sometido a control médico, alojado, entrenado y reducido a la disciplina militar. El ejército se profesionalizaba y al mismo tiempo se tornaba una corporación que tendía a suponerse depositaria casi exclusiva de la tradición patria. La política yrigoyenista de reparación de las situaciones de oficiales que habían partici-

pado de la rebelión de 1905 vino a cruzarse con aquella lógica profesional, poco afecta a admitir la intervención externa en la fuerza. A lo largo de la década del veinte, cuando la consolidación profesional se asentó aún más y halló en el general Agustín P. Justo, ministro de Guerra de Alvear, un importante impulsor, la división entre oficiales que planteaban la necesidad de privilegiar los criterios profesionales y los que se asumían radicales tomó forma: los primeros se organizaron en logias, de las cuales la San Martín fue una de las más importantes, y en ellas creció el antiyrigoyenismo.

En los momentos anteriores al 6 de septiembre, existían en el ejército dos corrientes implicadas en la organización del golpe: una reunida alrededor de Justo, y la otra dirigida por el general José F. Uriburu; ambas tenían contactos con dirigentes civiles. Justo convocaba, en general, a quienes exhibían un perfil ideológico conservador moderado y liberal, entre los cuales se contaban varios antiguos radicales, mientras que en el uriburismo se alineaban algunos antiguos conservadores ahora virados hacia posiciones de derecha más extremas, como Carlos Ibarguren, y los jóvenes nacionalistas, varios de los cuales imaginaban que Uriburu sería el líder militar y de autoridad que pondría fin a los supuestos desquicios que la democracia había acarreado.

Por su parte, el PS y el PDP exhibieron recelos ante la salida golpista, más allá de que algunos de sus miembros estuvieran dispuestos a apoyarla. A pesar de tal cautela, ambas agrupaciones compartían el diagnóstico que indicaba que el yrigoyenismo había llevado a las instituciones a una situación crítica.

Otro factor a tener en cuenta a la hora de explicar este golpe de estado es la intensa competencia interna entre altos funcionarios radicales cercanos al presidente, que incluyó planes contrapuestos y bastante mezquinos para el reemplazo de Yrigoyen. Además, esos pleitos ponían al propio presidente en el papel de quien debía resolver las tensiones. En los últimos tiempos, cuando las actividades de los futuros golpistas eran públicas y visibles, mientras algunos ministros llegaron a pronunciarse a favor de la represión, otros entendían que la situación no lo reclamaba: fue la posición de estos últimos la que se impuso. El 6 de septiembre, prácticamente sin resistencia, triunfó el golpe en Buenos Aires, como resultado del avance de una columna de cadetes relativamente pequeña, con apoyo civil. En el interior, la situación se repetía con menos despliegue militar aun que en el caso de la Capital.



El golpe de estado del 6 de septiembre de 1930

Aviones sobrevuelan la ciudad de Buenos Aires el 6 de septiembre. El movimiento militar no encontró escollos de importancia en su camino y las fuerzas involucradas rápidamente tuvieron controlada la situación en la ciudad. A poco de andar, sin embargo, quedaría claro que el radicalismo derrocado conservaba mucho de su arraigo electoral.



Archivo General de la Nación. 

Interpretaciones

Si bien no hubo resistencias significativas, los golpistas no contaban con guarniciones importantes y muchos mandos estaban cerca del oficialismo radical, lo que hace difícil interpretar el golpe como una acción institucional del ejército. Por otra parte, desde la propia arena política se había alentado la intervención militar, aunque el argumento utilizado con mayor frecuencia aludía a la necesidad de restaurar las reglas de juego institucional, que habrían sido violadas por Hipólito Yrigoyen. El “Manifiesto de los 44”, firmado por parlamentarios opositores poco antes del golpe, exigía al gobierno “el cumplimiento de la Constitución Nacional”. Estos planteos no bastan para caracterizar definitivamente el golpe ni para descifrar los impulsos auténticos

de los actores, pero no deben desestimarse. Sinceros o no, sugieren los límites que tenía una acción de este tipo: debía ser presentada como un medio para restaurar la ley. El uriburismo, que con mayor osadía dejó entrever destellos de un proyecto corporativo más cerril, pronto fue derrotado.

De lo delicado de la operación de interpretación que debieron realizar los participantes del juego político da cuenta la declaración del dirigente socialista Nicolás Repetto, aparecida el 7 de septiembre de 1930 en *La Vanguardia*: “Nos duele ver confundido hoy a nuestro país en el montón de gobiernos sudamericanos”. En la visión de Repetto, el movimiento del día anterior había arrastrado a la Argentina a la situación vivida en países en los que el motín cuartelero era habitual. Debe considerarse, además, que en los días previos al golpe algunas actitudes de revancha social se entramaron con el derrocamiento del radicalismo. El mismo 6 de septiembre, comenzaron los despidos de activistas sindicales en la Unión Telefónica, mientras un funcionario policial anunciaba a los trabajadores gráficos en huelga que “había terminado el escándalo”.

El gobierno surgido del golpe militar fue encabezado por el general José F. Uriburu como presidente provisional. En la coyuntura que se abría, con la UCR derrocada, una nueva disputa política se libró entre los bandos que habían participado del movimiento. Los apoyos del presidente no eran demasiados: los nacionalistas y los conservadores más extremos, entre los civiles, y algunos oficiales ideológicamente cercanos, que de todos modos estaban lejos de ser mayoritarios en el ejército. En esta institución, el sector de Justo era notoriamente más poderoso, y su jefe contaba con un amplio sistema de contactos en el mundo político, sostenido en su antigua participación en el radicalismo y su condición de ex ministro.

El uriburismo intentó impulsar una reforma corporativista de la Constitución Nacional, rápidamente bloqueada por los partidos que habían participado en el golpe. Uriburu ensayó luego una táctica que buscaba plebiscitar su gestión a través de elecciones escalonadas, pero esta salida también fracasó. La disputa entre Uriburu y Justo terminó con el triunfo de este último, quien fue finalmente el candidato oficialista a presidente en las elecciones celebradas en noviembre de 1931. Al año siguiente, se hizo cargo de la presidencia.

El golpe del 6 de septiembre según sus responsables

Los grupos complicados en el golpe de estado el 6 de septiembre dieron a conocer un manifiesto, cuyo texto final fue el resultado de una intervención del sector de Justo sobre la propuesta del uriburismo. Se indicaba allí que las "promesas de dádivas personales" habían sido los mecanismos utilizados para "corromper las conciencias" obteniendo de ese modo "sanciones plebiscitarias" a favor de las políticas oficialistas. Sus autores sostenían que tenían "fundadas razones para admitir que el desengaño de los que se han dejado tentar con aquellas promesas es definitivo". A su vez, aclaraban que "el gobierno provisorio, inspirado en el bien público y evidenciando los patrióticos sentimientos que lo animan, proclama su respeto a la Constitución y a las leyes vigentes y su anhelo de volver cuanto antes a la normalidad". Más adelante indicaban que "los miembros del gobierno provisorio contraen ante el país el compromiso de honor de no presentar ni aceptar el auspicio de su candidatura a la presidencia de la República".

Las citas textuales del manifiesto están tomadas de Tulio Halperin Donghi, *La República imposible (1930-1945)*, Buenos Aires, Ariel, 2004 [tomo V de la Biblioteca del Pensamiento Argentino].

De 1912 a 1930

Un balance sobre la experiencia de la democracia argentina entre la sanción de la Ley Sáenz Peña y el golpe de estado de 1930 puede emprenderse desde distintas perspectivas. En principio, si se tiene en cuenta que el intento de los reformistas, en particular del presidente Sáenz Peña, había sido promover la aparición de partidos orgánicos como actores del sistema, debe admitirse que el resultado fue bastante dudoso. El radicalismo se encontraba lejos de ese modelo, y tampoco los conservadores lo habían conseguido. Puede ser que el Partido Socialista, parcialmente, se acercara más al ideal, pero no era la agrupación que le daba el tono al funcionamiento de la política en la Argentina, a la que solía criticar con la expresión "política criolla" para destacar sus defectos. Así, el sistema de partidos en conjunto asumía los rasgos de los dos actores más poderosos, radicales y conservadores, que no exhibían aquellas anheladas características orgánicas. De todas

maneras, debe reconocerse que esos rasgos tampoco eran excesivamente frecuentes en otros ámbitos nacionales, ni en el horizonte sudamericano ni en el europeo.

Por otra parte, se ha mencionado ya la existencia de denuncias acerca de las presiones ejercidas a la hora de los comicios por autoridades locales, así como de intervenciones que permitían manejar las fuerzas policiales en provincias con un efecto similar hacia la oposición. Si bien en este período no se registraron objeciones masivas ni impugnaciones amplias a los resultados electorales, tampoco faltaron las quejas puntuales, en particular en la elección de 1930. Así, las disposiciones de las leyes de 1912 regían globalmente, pero una mirada más atenta a lo que ocurría a escala local permite corroborar las violaciones de las que ocasionalmente eran objeto.

La experiencia surgida de la ampliación de los derechos electorales en la Argentina estuvo a su vez condicionada por algunos modos previos en los que los actores concibieron el conflicto político. El tono general que asumieron las posiciones radicales en torno a él heredaron la interpretación que veía a la "causa" en combate contra el "régimen", y algunas posiciones de sus adversarios fueron funcionales a esa manera de configurar el enfrentamiento. De este modo, la democracia argentina luego de 1916 tendió a tener en su centro mucho más la exhibición de apoyos populares en la contienda electoral que el respeto a los mecanismos institucionales. Ciertamente es que, durante la presidencia de Alvear, se les otorgó algo más de atención, pero la extendida interpretación del triunfo que llevó a Yrigoyen a su segunda presidencia en 1928 como un plebiscito demostró que se trataba más bien de un fenómeno acotado.

Finalmente, pueden realizarse algunas consideraciones acerca de aspectos culturales e ideológicos relacionados con estos asuntos. Con las peculiaridades que acaban de mencionarse, las disposiciones de la ley habían tornado la puja política más competitiva y abierta, y eso devenía en esfuerzos de los partidos por lograr que más gente participara no sólo en las elecciones, sino también en otras actividades que se desarrollaban en torno a sus estructuras y a sus locales. Estas tareas más opacas y menos visibles, quizá también más continuadas, en un sentido eran asimismo políticas: la celebración de conferencias, la organización de la prensa partidaria local —pequeña, acotada, pero que demandaba trabajo y empeño—, las manifestaciones callejeras, la atención a cuestiones sociales realizada desde los locales partidarios. En un nivel más operativo, debe sumarse a este conjunto la afiliación, la intervención en las

reuniones del partido –fueran las de los organismos de dirección de la localidad o aquellas que se realizaban en el comité barrial– y aun las prácticas que debían ponerse en marcha para la apertura de un local. De este modo, crecía la participación, se multiplicaban y se extendían los mecanismos de expresión de las opiniones acerca de los asuntos públicos, y todo ello, por sendas que se sumaban al valor simbólico que había asumido el ritual del voto, sostenía la expansión de la idea que indicaba que la política no se reducía a sus aspectos más formales y que, a su vez, la ciudadanía tenía una clara dimensión política.

Pero estas mismas acciones, muchas veces realizadas en torno al comité partidario, tenían también otros costados. Si por una parte se trataba de modos de participación y movilización política en la base, por otra, esas mismas prácticas e instituciones pasaban a formar parte de redes que los caudillos barriales o de la localidad tejían, con habilidad y constancia, a partir de la distribución de bienes, recursos, empleos incluso, suministrados en definitiva por el estado. En la organización de ese tipo de estructura, pocos rasgos permitían establecer alguna diferencia importante, salvo en lo que hace a su eficacia, entre las redes radicales y las organizadas por los conservadores, o más adelante por el antipersonalismo.

Así, el objetivo de la reforma no se había alcanzado en lo que respecta al tipo de partido político que sus autores anhelaban, ni al tipo de prácticas que habría de señalar la regeneración de la política nacional. A pesar de estos fracasos relativos y de las violaciones que ya se mencionaron, las pautas fijadas por la Ley Sáenz Peña funcionaban como un reglamento amplio que muy pocos se atrevían a cuestionar públicamente todavía. Las quejas, en buen número, solían destacar precisamente que no se cumplían sus disposiciones. Sin embargo, existían algunas agrupaciones que no sólo objetaban las leyes electorales argentinas, sino la idea misma de que un gobierno democrático con las instituciones funcionando a pleno fuera deseable; las había a la derecha, en el nuevo nacionalismo de fines de los años veinte, y también a la izquierda, cuando, por ejemplo, la línea política adoptada llevaba a las columnas de manifestantes del Partido Comunista a corear la consigna “Soviet sí, Parlamento no”, como ocurrió en 1929.

Todas estas circunstancias se relacionan con el discurso que asumió una parte importante del golpismo de 1930, en particular, como se indicó, quienes se hallaban cercanos a Justo. Se sostenía que el golpe era un mecanismo para recuperar la vigencia de la Constitución y las reglas que debían regir la vida institucional, desconocidas por Yrigoyen. Así,

el respeto a la Constitución y a las leyes electorales que garantizaban la expresión de la voluntad popular, asociadas a la democracia, aparecían como principios mayoritariamente admitidos en las declaraciones públicas. Una apelación que, en tiempos de un golpe de Estado, no deja de sonar paradójica.